RICARDO ESTRADA ESTRADA

LA REDENTORA

DRAMA ROMÁNTICO

EN TRES ACTOS, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

LA REDENTORA

Precio: DOS pesetas.

Para detalles del decorado dirigirse al autor de la obra. (Prats del Rey.—Provincia de Barcelona).

LA REDENTORA

DRAMA ROMÁNTICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

RICARDO ESTRADA ESTRADA



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana 11 dup.°
TELÉFONO, M 551
1919

A don José Gausachs Suñol,

como testimonio de amistad,

le dedica este drama

El Autor.

PERSONAJES

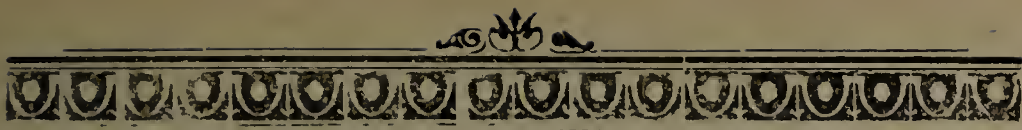
	AÑOS
MAGDALENA	20
ZOILA	26
LA HERMANA PRIORA	50
LA HERMANA SOLEDAD	25
LA MAESTRA	50
LA HERMANA SAGRARIO	50
LA HERMANA ENCARNACIÓN	25
LA HERMANA TORNERA	25
MOZA 1.ª	18
IDEM 2.ª	18
IDEM 3.ª	18
EL SEÑOR CURA	65
FRAY RAMIRO	28
EL ERMITAÑO	70
EL MAESTRO	50
EL MÉDICO	25
EL BOTICARIO	40
EL DEMANDADERO	70
JOVEN 1.º	20
IDEM 2.º	20
IDEM 3.º	20
REVOLUCIONARIO 1.º	
IDEM 2.º	
IDEM 3.º	
IDEM 4.º	
IDEM 5.º	
IDEM 6.º	
UN MONAGUILLO	10

Monjas y pueblo

La acción en Cataluña, del 1834 al 35

Derecha e izquierda, las del actor

Los párrafos marcados con asteriscos pueden suprimirse en la representación



ACTO PRIMERO

Cima de un calvario. En el primer término derecha fachada de una capilla con campanario colocada lateralmente. En el fondo derecha, fachada de una ermita antigua que se pierde por la derecha. Esta fachada tendrá a su izquierda la puerta de entrada y a su derecha una galería formada por dos arcos de piedra descubiertos y barandillas de madera. En el primer término izquierda de la escena, dos bancos rústicos colocados uno lateral a la izquierda y otro a la derecha de frente al público. Dos hileras de cipreses y pilares (con las estaciones del Vía-Crucis) alternos en cada hilera. Una empieza en la izquierda de la capilla y se pierde por el foro izquierda que es donde se supone que está la cuesta que conduce al calvario. La otra empieza en el primer término de la izquierda y sigue hacia el foro izquierda por donde se pierde también suponiéndose que continúan ambas formando una calle. En el último término panorama de valles y montes. La capilla, el campanario y los pilares están recien blanqueados. Yedra y flores silvestres por todas partes. Son las tres de la tarde del Domingo de Ramos. Tiempo espléndido. Aspecto fantástico, poético y melancólico.

ESCENA PRIMERA

MONAGUILLO y ERMITAÑO

Mon. (Entrando por la cuesta y acercándose a la ermita.) ¡Señor Juan! ¡señor Juan!

Erm. (Saliendo de la ermita.) ¡Hola, muchacho! ¿Y el señor cura?

Mon. Ha salido ya de la rectoría, pero como es viejo y va despacio, todavía tardará un buen rato en llegar. Me ha encargado de deciros

que le aguardéis en la capilla, pues tiene que hablaros antes de la fiesta.

Erm. Bien. ¿Se ve a alguien en el camino?

Mon. Sí, señor Juan. El señor maestro, la señora maestra, el boticario y otro señor a quien no conozco.

Erm. ¿Están muy lejos?

Mon. No señor. Vedles.

Erm. Toma las llaves y vé a encender los cirios. (El Monaguillo entra en la capilla.)

ESCENA II

ERMITAÑO, MÉDICO, MAESTRO, MAESTRA y BOTICARIO por la cuesta. Por este orden quedan colocados de derecha a izquierda. Los dos últimos se sientan en el banco lateral

Erm. ¡Oh, señores! Bien venidos.

Maestro Gracias, señor Juan. ¿Qué tal esas fuerzas?

Erm. Regular. Es grande el peso de los años, pero vamos viviendo. ¿Y vos, señora maestra?

Mtra. Pues envejeciendo también. Aquí nos tenéis con el señor, que es el médico nuevo.

Méd. Tengo gran curiosidad por conocer estos lugares y asistir a la romería, por la fama que tiene en toda esta comarca.

Erm. Aquí estamos a vuestras órdenes. Pero, pasad, pasad...

Maestro Gracias, señor Juan. Descansaremos un momento aquí mismo y luego daremos una vuelta por los alrededores, para que el doctor pueda admirar el magnífico panorama que se divisa desde esas mesetas.

Erm. Como gustéis. ¿Y qué tal, hay mucha animación en el pueblo para asistir a la romería?

Bot. Ya lo creo, extraordinaria, pues son muchos más los forasteros que el año anterior.

Erm. Grandemente habrá contribuído el haberse encargado del sermón el reverendo fray Ramiro Téllez, que tanto renombre ha adquirido como predicador.

Maestro Hace dos días que está hospedado en la rectoría y según dice el señor cura es un sabio y un santo.

Mtra. ¿Y Magdalena? ¿Cómo está mi querida y predilecta discípula?

Erm. Bien, y corresponde a vuestro afecto, hablando de vos con frecuencia.
Mtra. Sí, pero nos tiene olvidados.
Erm. Sale muy poco y sigue con el afán de no dejar la lectura en todo el día.
Maestro Es un temperamento al que no conviene contrariar.
Erm. Se está componiendo para la fiesta de esta tarde. Cosas de su edad. Voy a prevenirla de que estáis aquí.
Mtra. Dejadla ahora, y cuando volvamos ya tendremos el gusto de verla.
Erm. Entonces me dispensaréis. Voy a la capilla a ultimar los preparativos.
Bot. Id, señor Juan, que no somos de cumplido.
Erm. Hasta ahora. (Entra en la capilla)

ESCENA III

DICHOS, menos ERMITAÑO. Se sientan en el banco de frente: el MÉDICO a la derecha y el MAESTRO a la izquierda

Maestro Y bien. ¿Qué os parece nuestra excursión, querido doctor?
Méd. Encantado, amigos míos. Me encuentro muy a gusto en los dominios de la Redentora. *La vida de esa joven ha despertado en mí un gran interés, y más ahora que me hallo en el lugar, digamos, de la acción.*
Maestro *Es muy popular en toda esta comarca y en el dia de hoy viene la gente de muy lejos para conocerla, y su fama aumenta de año en año.*
Méd. Acabo como quien dice de llegar al pueblo, y con motivo de la romería no he oído hablar más que de ella, pero creo que habrán exagerado algo, tanto respecto a sus condiciones físicas como acerca de las morales.
Maestro *Nada de eso. En cuanto la veáis, os convenceréis de que es sobradamente justificada la fama que tiene de hermosa. Vos que admirais el arte de la belleza y la belleza del arte, y que tenéis grandes aficiones á la pintura y a la escultura, os podríais dar por muy dichoso si consiguierais un modelo así.*
Méd. *Conformes en esto, pero no en la parte mo-

ral.* Tratándose de una muchacha educada en la cima de estos montes ariscos, es de suponer que será una flor silvestre.

Mtra. No en verdad. Yo he sido su maestra, y recuerdo muy bien que apenas contaba ocho años leía y escribía perfectamente, dando muestras de una inteligencia privilegiada y de una vivacidad extraordinaria. Cuando fué mujer, se entregó de lleno a la lectura y ha leído y releído toda la biblioteca que el viejo marqués, propietario de este Calvario, tiene en la ermita. Además Magdalena ha pasado algunas temporadas en la capital, en casa del marqués, la marquesa la tiene en mucha estima. Ha sabido aprovechar las lecturas y el trato social, y esto unido a su talento ha hecho de ella una mujer que puesta en sociedad, nadie adivinaría en la Redentora a la payesa de estos montes desiertos.

Méd. ¿Y por qué le llaman la Redentora?

Bot. Es cosa de la fantasía popular. Le llaman así por sus ideas, que a pesar de que son puramente de raíz de libertad, ella cree y quiere hacer creer, que son las doctrinas del Redentor.

Maestro Y está en lo cierto al decir que sigue las huellas de Jesús, pues su corazón de oro se compadece siempre de los desdichados, y no hay pobre en esas inmediaciones a quien no dé cuanto tiene y a quien no prodigue sus cuidados. *Algunas veces ha sido enfermera de pobres gentes, a pesar de la oposición de su abuelo y único pariente, pero como quedó sin padres siendo muy niña, el pobre viejo no ha tenido bastante energía para dominarla y ha hecho siempre su santísima voluntad.*

Méd. Pero el principio de libertad no lo habrá aprendido en la biblioteca de un señor marqués tan aristócrata y tan buen católico como el de Santa Fe.

Maestro Es que cada uno interpreta los libros a su manera, y muchas veces por los de teorías contrarias a las nuestras nos convencemos de que las propias son las mejores.

Bot. Quien hizo nacer en ella esas ideas fué la gitana Zoila, la de la célebre predicción que

tanto ha interesado a los moradores de estas tierras.

Méd. Pero para esto sería preciso un trato continuado.

Mtra. En efecto. Llegó Zoila enferma y nadie quiso ampararla en su casa, por ser gitana, y como en el pueblo no tenemos ni un mísero hospital iba a quedarse en el arroyo. La vió Magdalena y creyendo que la desgraciada raza de los gitanos es tan digna de compasión como la nuestra, le faltó tiempo para traerla aquí.

Bot. El abuelo cedió, como siempre, y se adivina lo demás.

Maestro Tres meses estuvo aquí entre enferma y convaleciente y no hay que decir si aprovechó el tiempo para inculcar sus doctrinas a la Redentora: la libertad como fin y la revolución como medio.

Mtra. *Y gracias a que la gitana no nació para vivir sujeta a un recinto y se fué. Necesitaba volar y andar errante por el mundo cual si la empujase una fuerza misteriosa.*

Maestro *Pero lo peor es que la Redentora muy a gusto hubiera seguido a la gitana Zoila para ir con ella a predicar por el mundo sus doctrinas. Ciertamente se abstuvo por no ser culpable de la muerte del pobre abuelo, pues comprendió que se la causarían su separación y su abandono.*

Bot. *El temor de que esto pueda suceder es la causa de la intranquilidad del pobre viejo, que no quisiera morir sin dejar casada a su nieta, pues teme que si a su muerte se encuentra todavía soltera será una mártir o una perdida a lo cual le llevaría su manera de pensar.*

Mtra. *Sí, pero la dificultad está en que no acepta a ninguno. Y ya que vais interesándoos por ella, podéis tranquilizaros: su corazón todavía está libre.*

Méd. *¿No entra en sus teorías el amor.*

Mtra. *Al contrario, pero aún no ha encontrado su ideal, y en esto es muy exigente, tanto, que creo que tendrá que presentársele un ser sobre-humano*

Maestro *Y eso que no le faltan buenos partidos. Al deseo de conocerla y a sus pretendientes se-

debe la popularidad de la fiesta de hoy, pues se cree en las pálabras de la gitana, que* al despedirse la predijo que conocería al hombre de sus ensueños en este mismo Calvario y precisamente en un Domingo de Ramos y desde entonces muchos vienen a la romería deseando ser el preferido.

Bot. *Y lo creen, porque también Magdalena está convencida de lo mismo, pues pára ella las palabras de la gitana son más sagradas que los santos evangelios.*

Méd. *¿Y cómo logró la gitana tanto ascendiente sobre ella?*

Maestro *Porque sembró en terreno abonado. Las ideas de Zoila no podían amoldarse mejor a un espíritu inquieto e impulsivo como el de la Redentora.*

Méd. *Quién sabe, pues, si se cumplirá la predicción.*

Maestro *Todos hemos acabado por creer en ella. Hoy podría ser. De lo contrario, a esperar otro domingo de Ramos. De aquí la nerviosidad del pobre abuelo, pues teme que termine el dia de hoy sin haberse cumplido.*

Bot. Dos domingos de Ramos han transcurrido después de la predicción sin que lo haya encontrado, y en cuanto a éste...

Méd. Dicen que a la tercera va la vencida.

Mtra. Creo que al doctor no le disgustaría ser el afortunado.

Méd. ¡Quién sabe! Verdaderamente me interesa esa muchacha y estoy impaciente por conocerla.

ESCENA IV

DICHOS, ERMITAÑO y MONAGUILLO, por la capilla

Erm. Anda muchacho, asómate a ver si viene el señor cura.

Maestro Señor Juan, hasta ahora. Vamos a dar una vuelta y regresaremos en seguida. Por aquí, amigo doctor. (se van por la derecha.)

Erm. Hasta luego, señores.

Mon. Señor Juan, ya está aquí el señor cura. (Entra en la capilla.)

Erm. ¡Gracias a Dios! Ya empezaba a impacientarme su tardanza.

ESCENA V

ERMITAÑO y SEÑOR CURA

Cura — Buenas tardes, señor Juan.

Erm. — ¿Os habéis fatigado mucho, señor cura?

Cura — No, he subido despacio.

Erm. — Sin embargo, como está esto tan alto. Pasad y descansaréis.

Cura — No, conviene que estemos solos, pues nos precisa hablar, y dentro podrían oirnos. (Se sientan. El Ermitaño en el banco de frente, y el señor Cura en el lateral.)

Erm. — Como me habéis mandado recado de que teníais que hablarme antes de la fiesta, os he esperado con gran impaciencia.

Cura — Tranquilizaos. Todo será en bien para remediar una situación que se va haciendo insostenible, y que con la ayuda de Dios, debemos resolver hoy sin falta.

Erm. — Ya comprendo de qué se trata, y ya sabéis, señor cura, lo que de mí dependa...

Cura — Amigo mío, el mal ha echado raíces muy hondas, y la curación es más difícil de lo que presumís. Por una parte, las ideas de Magdalena van siendo más exaltadas de día en día. Por otra, el señor Marqués como buen católico, se queja de que la gente concurra a la romería, no por devoción, sino por el decir de una gitana que ha hecho creer al vulgo que vuestra nieta tiene que encontrar al hombre que la enamore, aquí y precisamente en un domingo de Ramos. Además, el señor Obispo me ordena que ponga todos los medios para que termine tan burda fábula.

Erm. — Yo como vos, veo el caso difícil y...

Cura — Vamos por partes. La solución es única. Que se case. De lo contrario seríais despedidos de aquí y tendríais que emigrar a otras tierras.

Erm. — Pero ni el señor Marqués ni el señor Obispo son capaces de tomar una medida semejante, condenándome a la muerte moral y material, como sería el perder el único pan que puedo ganarme cuidando de este Calvario.

Cura — No. No es ese su deseo. Sólo quieren acabar con esta situación, y con buena voluntad por parte de todos, no habrá que apelar a medios violentos.

Erm. — Decidme lo que hay que hacer.

Cura — Primero le hablaré yo y procuraré convencerla de que acepte alguno de sus pretendientes. Si cede, se acabará la leyenda, modificará sus ideas y será una mujer santa, pues en el fondo es muy buena.

Erm. — Mucho me temo señor cura que no lo conseguiréis.

Cura — Si nada logro por ese camino, hay otra solución de más seguro resultado. Tengo hospedado en mi rectoría a fray Ramiro Téllez, un santo varón cuyo talento es extraordinario, digno de la fama que tiene. De acuerdo el señor Obispo y el señor Marqués le rogaron que viniera a predicar a este Calvario, y que practicara aquí sus ejercicios espirituales, pasando algunos días en la ermita. No dudéis señor Juan, que con su palabra elocuente logrará lo que nosotros no podamos alcanzar.

Erm. — Dios quiera oiros.

Cura — *Ha convertido a criminales y herejes; ¡qué no va a hacer con una muchacha cuyo único pecado es un extravío moral, pero sin asomo de maldad ni en el cuerpo ni en el alma!* Está al corriente de todo y ha de interesarse grandemente por la salvación de esa niña, que está en grave peligro de perderse.

Erm. — Señor cura. ¡Ella!

Cura — Pues conviene que nos dejéis solos.

Erm. — Dios quiera atender nuestro ruego. (Entra en la capilla.)

Cura — Vamos a librar la batalla con la fe en el corazón.

ESCENA VI

SEÑOR CURA y MAGDALENA, en traje de payesa, por la ermita

Mag. — Buenas tardes, señor cura. (Le besa la mano y se sienta en el banco de frente.)

Cura — Buenas nos las dé Dios. Magdalena, estoy

muy disgustado contigo y tengo que reñirte.

Mag. Eso no puede ser, porque sabéis lo mucho que os quiero, y además os creo incapaz de reñirme, porque sois muy bondadoso y siempre me habéis prodigado grandes pruebas de afecto.

Cura Bueno, pues no te riño, a pesar del tiempo que no has ido a verme, y ya que crees que me intereso por ti, vamos a hablar seriamente.

Mag. ¿Tenéis algo que reprocharme?

Cura Te lo diré lisa y llanamente, sin preámbulos ni retóricas. La santa imagen del Cristo de la Agonía está siendo objeto de un sacrilegio, y únicamente en tus manos está la manera de evitarlo. La leyenda de la gitana, en la que se cuenta que el afortunado mortal que logre enamorarte lo conseguirá únicamente aquí y en un domingo de Ramos, hace que la gente no asista a la fiesta por devoción. Unos vienen por curiosidad y otros para ser el favorecido. El señor Obispo quiere acabar con la predicción; el señor Marqués está dispuesto a proceder con energía, y de ti depende que esto termine hoy mismo.

Mag. Pero señor cura, ¿tengo yo la culpa de lo que ocurre?

Cura Mira Magdalena, no quiero controversias contigo, pero te exijo que aceptes a uno de tus pretendientes. Es por tu bien. Tu pobre abuelo está ya muy viejo, puede morir de un día a otro, y vas a quedar sola y desamparada en el mundo. Dime: ¡qué va a ser de ti! Elige a uno de ellos y serás feliz. Darás un alegrón a tu abuelo y otro a mí, lograrás tu bienestar y resolverás tu porvenir.

Mag. ¿Pero un hombre tan razonable como vos es posible que me aconseje que me case sin amor, que me venda?

Cura Venderte no; pero hacer la felicidad de un hombre honrado, que a su vez haga la tuya, creo que no es ningún crimen. Por ejemplo, el hereu Ferrer. Es un excelente muchacho. Su familia es honrada y religiosa. Son ricos y son considerados como los reyes del pueblo.

Mag. Sí, pero ese no me quiere por amor. Hay

una mira egoísta. Sus padres quieren una hembra para que no se extinga la familia, la raza, para que cuide de su vejez y les administre el caserón. A él, por complacerles, lo mismo le da que sea yo que otra. Sólo ve en mí una mujer, pero las cuerdas sensibles de su corazón no vibran por el mío. Ya veis que de ese hay que prescindir.

Cura — ¿Y el de casa Folch? Uno que no tiene padres y es independiente.

Mag. — Pero ese es mucho peor. «Harto de carne el diablo se metió a fraile». Cansado de una vida disipada quiere por mujer a una hermana de la Caridad para que cuide de su cuerpo achacoso y de su alma corrompida. Tampoco es ese el camino.

Cura — ¿Y el señor Andrés, el propietario más rico de esta comarca? No me negarás que ha sido siempre un modelo de vida ejemplar.

Mag. — No lo niego, pero ese es un viejo para mí. Sus maneras y las mías son los dos polos; no habría afinidad de pareceres ni de sentimientos. Sería una vida horrible.

Cura — Entonces, don Joaquín, que sabes se daría por muy dichoso. Joven, cosa de treinta y cinco años, un sabio. Un talentazo que posee todas las ciencias.

Mag. — Ese dedica todas sus afecciones al estudio. No quedaría ninguna para mí.

Cura — Entonces, ¿cómo le quieres? Seguramente un ser sobrenatural que tendrá que fabricarse exprofeso para ti.

Mag. — Señor cura, no creo que haya el derecho de sacrificar a una mujer casándola con quien le sea indiferente, constituyendo dos desdíchas irredimibles.

Cura — Mira Magdalena, déjate de filosofías, vives en soñadora. Bueno es que contribuyas en la medida de tus fuerzas a mejorar la suerte de los desgraciados, pero no al extremo de no mirar también por ti. La humanidad corre perdida y no lograrás atajarla. Ten en cuenta que para vivir en este mundo sólo se necesitan tres cosas: la paz del alma, la salud del cuerpo y dinero. Esas son las únicas llaves de la felicidad. Tus pretendientes tienen una de ellas. ¡Son ricos!

Mag — Por eso no les quiero. Los ricos se preocu-

pan sólo de sus conveniencias, sin acordarse de los que sufren, y si protejen a alguien es por el egoísmo de servirse de ellos. ¡Es horrible sólo el pensar que habiendo tantos ricos exista todavía quien sienta el ansia del hambre! ¡Cuán fácil sería a los que se hartan dar una pequeña parte del festín a los que padecen!

Cura Muchos somos a remediar según nuestras fuerzas, pero desgraciadamente no todos son así.

Mag. Pues con poner una contribución a los ricos para atender a las necesidades de los pobres quedaría resuelta la parte más importante de los problemas humanos. Pero el lema de los hombres es el egoísmo, y los más prefieren el robo a la caridad.

Cura Hay también muchos hombres honrados.

Mag. Es verdad; pero la mayor parte lo son, no por virtud, sino por miedo, y el que no puede robar impunemente dinero, se consuela robando literatura o la mujer del prójimo, practicando la usura o ejerciendo de negrero. Esos honrados constituyen un inmenso y fúnebre aquelarre de usureros, celestinas y explotadores, que en furiosa bacanal rinden culto a los pecados capitales, sus únicos amigos. Y en el campo religioso hay pocos creyentes, algunos fanáticos y muchos hipócritas. Pues bien: en todas estas fases, los peores son los ricos.

Cura Entonces tendremos que buscarte uno pobre. ¿Qué te parece el bueno de Sagués? Ese es pobre y honrado, trabajador, joven, y te quiere.

Mag. Sí, pero ese es ciego del entendimiento. Ni siente ni padece. Tampoco seríamos felices.

Cura Pues si no puede ser ni rico ni pobre, ni joven ni viejo, ni sabio ni tonto, no te pregunto cómo le quieres, porque va a ser difícil de hallar.

Mag. No lo creáis, señor Cura. Bastaría encontrar un hombre que sintiera mis ideales. El sacrificio de la felicidad propia, empleado en socorrer a los desheredados. Quisiera practicar esa caridad en las salas de un hospital cuidando de los infelices caídos, o en una cárcel consolando a sus moradores, tratán-

doles, no como fieras, sino como lo que son: presos por la injusticia o grandes culpables; pero siempre merecedores de piedad. Unos moralmente inocentes, dignos de una justicia mejor que la que encontraron en la tierra, porque al crimen les llevaron sus semejantes al no ampararles en sus miserias. Otros arrastrados a crímenes pasionales, cometidos por culpa de sus víctimas, que les habían torturado el alma con negras ingratitudes. Sólo así, cuidando a los desdichados, comprendo la vida. Ahora que conocéis por mí misma mis pensamientos más recónditos tal y como salen de dentro y sin la máscara hipócrita que encubre a la sociedad, decidme si debo hacer la desgracia de nadie enlazada con la mía propia. Mi ensueño sería un hombre que me comprendiese y que me enamorase, pues en él encontraría la orilla de las pasiones de mi alma, que tengo abiertas cual llagas vivas que sólo el amor podría cicatrizar, y el oasis del desierto de las pasiones de mi corazón, que tengo cual de hielo que no se funde. Si existe ese hombre, que suba pronto a este Calvario, cual nuevo Jesús. Aquí encontrará a su Magdalena con los brazos abiertos, dispuesta a llevarle y a compartir con él los senderos de amor, de caridad y de redención. (Pausa grande.)

Cura ¿Sabes lo que te digo? Que deben seguir llamándote la Redentora, que no hay derecho a sacrificarte, que mereces que se cumplan tus designios, que ojalá fuéramos como tú, que eres mucho mejor que todos nosotros, y que puedes contar conmigo, y en fin, que me dispensen el señor Obispo y el señor Marqués, y sobre todo, que Dios me perdone. (Entra en la capilla.)

ESCENA VII

MAGDALENA

Sociedad imbécil que te riges por el dinero· que antepones el metal a la conciencia, que aprisionas al débil y oprimes al desahereda,

do, yo te maldigo. Los que quieren que renuncie a mis doctrinas hacen como si pidieran a una madre que abandonase a sus hijos.

ESCENA VIII

MAGDALENA, MAESTRA, MAESTRO, BOTICARIO y MEDICO, que salen por la derecha

Maestro ¡Magdalena!

Mtra. ¡Hija mía!

Mag. ¡Ah señora Maestra! Ya creí no tener el gusto de verles en la fiesta de esta tarde.

Bot. Faltar en el Domingo de Ramos sería desairar al Santo Cristo.

Mtra. Hace ya un buen rato que andamos por ahí enseñando este hermoso panorama a nuestro amigo el médico nuevo.

Mag. ¿Y qué opinión ha formado el señor de nuestros desiertos?

Méd. Encantado de estas alturas por lo sano de la atmósfera y por lo artístico del paisaje.

Maestro (En la cuesta.) Ya vienen, ya se van acercando las luces de la procesión.

Bot. (Idem.) Y ya está aquí la vanguardia con las mozas y mozos del pueblo.

Mag. Ya comprendo que lo que aquí os place más es la poesía del lugar.

Méd. Así es. Siento la santa poesía, único don que nos compensa de la prosa de la vida.

ESCENA IX

DICHOS y MOZAS 1.ª, 2.ª y 3.ª, JOVENES 1.º, 2.º y 3.º. Otras MOZAS y JOVENES y el ORGANISTA que entra en la capilla. Las Mozas 1.ª y 2.ª traen una cesta grande con flores. Todos con trajes típicos de payeses. Al final el SEÑOR CURA

Moza 1.ª (A los Jóvenes, que quieren cogerles la cesta.) Dejadnos, no os molestéis.

Moza 2.ª En todo el camino no se os ha ocurrido llevar las flores y descansarnos.

Joven 1.º Es que no nos gusta llevar la cesta.

Joven 2.º (Al Joven 1.º) No seas bruto. (A la Moza 2.ª) No es por eso, cielo, es que vosotras también

sois flores, y juntas con las de la cesta formáis un ramo muy precioso, y no queríamos deshacerlo.

Joven 3.º Muy bien dicho.

Moza 3.ª Para quien lo crea.

Mag. ¿Qué os pasa?

Moza 1.ª Es el caso que estos mostrencos son unos gandules y ahora querían quedar bien.

Mag. Dejadlas ahí. (En el banco de enfrente.)

Joven 1.º Magdalena, bien hallada seas en el día de tu fiesta.

Mag. De la imagen.

Joven 2.º De las dos, pues tú eres tan hermosa como ella.

Joven 3.º Por no decirte más.

Mag. Sois unos herejes. No debéis comparar lo humano con lo divino.

Joven 1.º Pues divina te encontramos todos.

Moza 1.ª ¡Si fueras a hacerles caso!

Moza 2.ª Ea. Andad a vender las flores, que se acerca la procesión.

(Sale el Monaguillo de la capilla con una bandejita y se coloca a la derecha del banco de frente.)

Moza 3.ª Que las venda Magdalena. Es la más hermosa de esta tierra y la que sacará más resultado para la imagen.

Mag. Aunque no sea verdad, vaya por la imagen y por el resultado. (Pasa a la izquierda.) Un ramo de violetas. ¿Quién quiere el primero?

Jóvenes Para mí. Este para mí. Lo quiero yo.

Méd. Perdonen todos el que éste lo desee para mí. (Lo coge y echa una moneda en la bandeja.) Permitidme que lo adquiera en atención a ofrecerlo a Magdalena.

(A toda esta escena los Jóvenes y Mozas deben darle vida interviniendo en el dialogo del ejemplar con frases apropiadas a la situación. Todos, antes de coger el ramo, depositan una moneda en la bandeja.)

Mag. (Aceptándolo.) Se agradece. El segundo.

Joven 1.º Este para mí.

Mag. Para tu novia.

Joven 1.º No la tengo, ni la tendré hasta que lo seas tú.

Mag. (Riendo.) Hablaremos.

Moza 2.ª Mirad el buen mozo.

Moza 1.ª Cuando seas más guapo, que lo que es ahora...

Mozas / Jóvenes ¡Ja, ja, ja!

Joven 1.º Eso es envidia porque no os lo digo a vosotras.

Mag. Otro ramo.

Joven 2.º Para mí. ¿No podrías poner en él tu corazón?

Mag. (Riendo.) Quién sabe. Si fueras constante...

Moza 1.ª No te hagas ilusiones. Eres demasiado bruto.

Moza 3.ª Tendrías que cepillarte la mollera.

Moza 2.ª Y ponerla al fresco.

Mozas / Jóvenes ¡Ja, ja. ja!

Joven 2.º Qué más quisiérais que os hiciera caso a vosotras.

Moza 2.ª No merecemos tanto, ¿verdad?

(Sale el señor Cura de la capilla y se dirige al camino.)

Mag. Un ramo de gardenias.

Joven 3.º Este para mí. Para mí, fíjate, Magdalena, y luego decide que sea yo el preferido.

Mag. Tómalo y llevas con él mas de la mitad de ventaja.

Moza 1.ª (Burlándose.) ¡Qué suerte!

Moza 2.ª Debías habérselo dado de alfalfa.

Mozas / Jóvenes ¡Ja, ja, ja!

Joven 3.º ¡Miren las sosas!

Moza 3.ª Y bien a gusto te lo comerías.

Mozas / Jóvenes ¡Ja, ja, ja!

Joven 3.º Bien que os gustaría atraparme.

(El señor Cura va a la capilla y avisa. Empiezan a tocar el armonium, que sigue oyéndose hasta el final del acto.)

Mag. Otro ramo.

Todos Para mí. Este para mí. Lo quiero yo.

Mag. Calma, que para todos habrá.

(Todos van cogiendo ramos.)

ESCENA X

DICHOS, SEÑOR CURA y luego los que forman la procesión. FRAY RAMIRO y pueblo.

Cura Silencio, muchachos, que ya está aquí la procesión. (Queda en el primer término de la derecha. Acaban de comprar las flores, en tanto dicen lo siguiente.)

Mtra. (Al Médico.) ¿Y qué tal os parece nuestra Redentora.

Méd. Ideal, pero peligrosa. Imposible tratarla sin quedar sujeto a ella por dulces cadenas.

(Todos guardan silencio. Los Jóvenes separan los bancos. Llega la procesión. Delante dos Monaguillos con pendones, el Sacristán con la cruz parroquial y dos Monaguillos con los cirios en candelabros. Luego dos hileras de Muchachas con cirios y ramas de laurel. Se colocan a ambos lados del primer término de la escena. Luego la imagen de la Virgen conducida en unas andas por cuatro mozos. Salen también otros atributos propios de una procesión de pueblo. Después dos hileras de hombres con hachones, que se colocan en la derecha y en la izquierda del segundo término, dejando libre el centro. Todos llevan palmas. Sigue Fray Ramiro con hábito de franciscano, queda en el centro de la escena, y detrás de él hombres y mujeres del pueblo con palmas y grandes ramas de laurel, que cubren el fondo de la escena. Al quedar colocados el armonium se oye muy piano. Magdalena se adelanta con un ramo de olivo que ha sacado de la cesta hacia Fray Ramiro, y el ver a éste le causa una profunda emoción.)

Mag. Fray Ramiro, bien venido seáis a este Calvario del Santo Cristo de la Agonía.

Ram. (Que también la mira con atención.) Ermitaña, la paz de Dios sea con nosotros.

Mag. (Con emoción.) Siguiendo la tradición de este lugar, os ofrezco este ramo de olivo para que sea el símbolo de esta paz.

Ram. Lo acepto y a todos os ruego que me acompañéis a ofrecerlo a la santa imagen del Crucificado.

(Entra lentamente en la capilla. Los demás se vuelven de cara a la misma y despacio van entrando también. La actitud de Magdalena queda encomendada a la inspiración de la actriz. En tanto el señor Cura, que ha observado, dice,)

Cura El Santo Cristo de la Agonía me valga; pero mucho me temo que acaba de cumplirse la predicción de la gitana.

(Después de esta frase vuelve a oirse el armonium con toda su fuerza y siguen entrando en la capilla, mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de la galería de la vieja ermita cuyo exterior se ve en el primer acto. Puerta en el primer término derecha y otra en el primes término izquierda. En el centro una mesa de nogal y dos sillones de cuero. En el fondo los dos grandes arcos de piedra descubiertos y las barandillas de madera. Se ve fuera y a la izquierda uno de los costados de la capilla del acto anterior y a continuación, hasta perderse por la derecha, las dos hileras de pilares y cipreses. Todo iluminado por una luna clarísima. El señor Cura está sentado a la izquierda de la mesa y entra el Ermitaño por la derecha.

ESCENA PRIMERA

EL SEÑOR CURA y el ERMITAÑO

Erm. Ya se ha terminado, señor cura. Todos se van siguiendo la procesión.

Cura Sí y como yo ando despacio, he preferido esperar a que se alejen.

Erm. Magnífica fiesta la de hoy, señor cura.

Cura Bien podéis decirlo. Ningún año como éste.

Erm. La verdad es que la nota saliente ha sido el sermón de fray Ramiro.

Cura Ha sido solemne. Por mi parte puedo decir, aunque humilde cura de pueblo, que he oído muy buenos predicadores y en honor a la verdad debo asegurar que ninguno me había complacido tanto como él. ¡Qué facilidad de palabra! ¡Qué hermosas imágenes.

Erm. Verdaderamente posee el don del convencimiento. Dios nos le envía.

Cura ¿Habéis preparado la habitación?

Erm. Sí, señor cura.

Cura Bien, os dejo que ya he descansado lo bastante.

Erm. No os marchéis y quedaos a cenar con nosotros.

Cura Se agradece, pero mi hermana estaría intranquila por la tardanza.

Erm. Entonces esperad un momento y saldré a acompañaros. ¡Magdalena!

Cura No os molestéis, señor Juan. Iré solo. Con esta luna tan hermosa veré bien el camino.

Erm. De ningún modo. Os acompañaré por lo menos hasta el término de la cuesta.

ESCENA II

DICHOS y MAGDALENA por la izquierda

Mag. ¿Os vais, señor cura?

Cura Sí, hijita, es tarde ya.

Mag. ¿Habéis quedado complacido de la fiesta?

Cura En extremo, Magdalena. Puedes creer que he gozado grandemente. Días así nos los manda el Señor para darnos alegría y como compensación de los muchos que tenemos grises y aun es mayor cuando van seguidos de una plácida noche como esta. ¡Mira, Magdalena! La luna llega purísima hasta ti cual antorcha que ilumina tu espíritu. El Calvario nos recuerda la gran tragedia del Redentor. La blancura de la capilla refleja la pureza de tu alma. Esta vieja ermita es el testimonio del pasado. Los cipreses, tus compañeros, asemejan guardianes de tu honor. El campanario se eleva majestuosamente al cielo indicándote el camino que deben seguir tus miradas. De allí parece que te mandan envuelta en la brisa que besa tu rostro peregrino, la inspiración de estas evocaciones para invitarte a soñar.

Mag. (Mirando a fuera.) ¡Cuán bella visión de poesía!

Cura Por ella sentimos la vida. En fin, nos vamos.

Mag. ¿No queréis despediros de fray Ramiro?

Cura No, quedó en la capilla orando; es ya tarde y no quiero interrumpirle en sus meditaciones. Es un santo. Adiós Magdalena. A

ver si te acuerdas de que allá abajo hay una rectoría y en ella un pobre cura que te quiere con todo su corazón.

Mag. No lo olvido y procuraré corresponder a vuestras bondades. (Le besa la mano.)

Erm. Vuelvo en seguida, Magdalena. (Se van por la derecha.)

ESCENA III

MAGDALENA

¡Pobre señor cura! Este sí que es un santo. ¿Y el fraile? Ese es para mí un ser misterioso. Su expresión y la dulzura de su voz son de las que llegan al alma. La impresión que he sentido al verle es de las que no se borran fácilmente. Su hermosa presencia y sus ojos brillantes y expresivos me han conmovido hondamente. ¡Por qué será fraile ese hombre! ¡Por qué no será libre como los demás! He oído extasiada sus palabras. ¡Con qué sencilla discreción ha versado sobre el desprecio de todo lo mundano! ¡Qué sentimientos ha despertado ese hombre en mí que tuve desconocidos hasta hoy! ¿Será un místico o un hipócrita? Lo que dice no es verdad. Dios no quiere esclavos. Dios nos quiere devotos, pero libres. ¡Ah, Zoila, mi querida gitana! ¡Tú sí que me hablabas con la suprema verdad! ¡Cuánto calmaría la angustia que me ha causado el conocer a ese hombre si te tuviera a mi lado y pudiera confiarte mis impresiones! ¡Zoila! ¡Por qué estás lejos de mí! ¡Fray Ramiro! ¡por qué has venido! (Se sienta a la izquierda y apoya los codos en la mesa, tapándose la cara con las dos manos.)

ESCENA IV

MAGDALENA y FRAY RAMIRO por la derecha

Ram. Magdalena...

Mag. ¿Vos, fray Ramiro?

Ram. ¿Acaso meditabas?

Mag. Sí en verdad. Estoy pensativa por lo que habéis dicho en el sermón.

Ram. ¿Es posible que medites mis palabras tú, cuyo espíritu dicen que es fuerte y que vuela tanto y tan lejos que crees que si te siguiéramos, redimiríamos a la Humanidad?

Mag. Esa es mi fe. Pero los espíritus más fuertes también dudan y vacilan. Jesús fué tentado por tres veces y resistió la tentación. Creo que no logrará nadie cambiar mis principios.

Ram. ¿Y si te convencieran de que estás en un error, de que tienes ideas santas, pero que las expresas mal y que equivocas el sendero?

Mag. Sigo la doctrina del Redentor. Por eso me llaman la Redentora.

Ram. Pues si quieres acercarte a El, debes buscar el camino más corto. Conságrate a Dios por entero. Del claustro a la gloria hay solo un paso, y del mundo al cielo un camino de abrojos y espinas, que no todos tenemos fuerzas suficientes para atravesarlo sin sucumbir en la ruta.

Mag. Pero esa mira es egoísta, salvarse a sí propio abandonando a los demás.

Ram Dios vela por todos. Para esto tiene a sus ministros. Fíjate en mí. Yo he renunciado a todos los placeres y riquezas de este mundo y estoy dispuesto a resistir todas las pruebas y a vencer cuantos obstáculos se me interpongan. Y es porque llevo fe en el corazón, fuerza en el espíritu y convencimiento en el alma. Tú eres mujer y débil. Deja para nosotros el atraer las almas a Dios y salva la tuya, que por el camino que llevas vas de hecho a predicar el dogma de libertad y a esparcir vientos de revolución, sin que sea ese tu intento, pero así lo entenderán los que te escuchen, y si se propagaran tus teorías, iríamos a la disolución de la sociedad y todos nos condenaríamos. ¿Y no es verdaderamente horrible pensar que una muchacha que tiene fibras tan delicadas en el corazón y un alma buena y sencilla vaya rodando al abismo? Solo tienes un camino. Entrégate a Dios recogiéndote en un claustro. Unicamente allí puedes tener la seguridad de alcanzar la divina misericordia.

Mag. No creo que pueda serle grata a Dios la vida del claustro, donde se aprisiona el cuerpo y el espíritu que quedan sin fuerza para cantarle y rendirle un culto entusiasta. Creo que teniendo libertad se le puede servir mejor, pues en el llano y en las cumbres de las montañas, sin muros de por medio, se está más cerca de El. Así pueden elevarse hasta su gloria himnos llenos de alegría salidos del corazón. Bajo las bóvedas frías y tristes de un claustro y detrás de unas rejas que consumen y aniquilan, se convierte la vida en lenta y dolorosa agonía.

Ram. En el mundo caminan dolientes las razas y esos himnos son falsos y están corrompidos por la maldad del hombre, mientras que las preces elevadas en el claustro tienen la pureza de sus muros sagrados, único lugar intermedio entre la tierra y el más allá de la divinidad.

Mag. Cuanto vos decís, estoy cierta de que son falsas teorías, hijas del dominio que los de vuestras órdenes queréis ejercer sobre los débiles de espíritu. Pero en vuestra voz encuentro algo desconocido que he vislumbrado sólo en sueños y que me hace creer que estoy soñando todavía.

Ram. Ese algo, nuevo para tí, es la verdad y si la vieras aunque solo fuese en sueños, tu despertar sería dulce y tranquilo, y volverías tus ojos a esa verdad única y suprema que es Dios.

Mag. Sí, ese es Dios, pero también quiere que seamos felices. El predicó el amor, y en el calvario de la vida bien nos merecemos alguna ventura, y esa sólo puede dárnosla un amor verdadero, el del hombre y la mujer que anuden sus voluntades, que fundan en uno sus corazones y que conviertan en una sus almas. El amor nos dió el ser. El ansia de amar nos hace adorable la vida. Rodeados de amor quisiéramos que cerraran nuestros ojos y alguien nos debe suceder para regar nuestro sepulcro con lágrimas de amor. Ese es el camino para servir a Dios.

Ram. Y si fundes tu alma con una de perversión y alejada de toda esperanza divina, ¡qué

será de la tuya! Seguir el mismo camino, y piensa bien que algunas horas de placeres pasajeros y engañosos te llevarán a la eterna perdición.

Mag. No lo puedo creer. Cuando mi alma vuela por regiones elevadas en dulces éxtasis entre sueños y realidad, veo pasar por mi mente sombras qne se transforman en parejas de enamorados. Paolo y Francesca, Dante y Beatriz, Abelardo y Eloísa, amores humanos y amores místicos y he visto destacarse a Francesca y decirme: ¡Contempla mi felicidad y si ansías la tuya, cuando encuentres al hombre que domine tu alma y tus sentidos encendiendo en ti el mal de amores, no temas, síguele. Otras veces veo aparecer a Jesús y me dice: Los que predican mi fe todavía me tienen clavado en lo alto del Calvario, no creen en mí ya que no rediman a la Humanidad. No vaciles, socorre al desheredado, cuida del miserable, sean tus armas la caridad, y la misericordia. Así tendrás derecho a una vida de amor y si la Humanidad te imita, podré descender del Gólgota donde tantos siglos me tienen crucificado y podré acogerte en mis brazos con infinita dulzura.

Ram. Esto son desvaríos de un espíritu enfermo.

Mag. En otros momentos tengo crisis horribles y veo pasar a emperadores romanos envueltos en oleadas de barbarie, a la sombra del que se llamó Napoleón, a quien sus ambiciones le llevaron a ser uno de los azotes más horribles que vieron las edades y junto a él a la efigie de Torquemada, que predicando el Evangelio llevó a la hoguera a centenares de seres humanos.

Ram. Fué por su bien, fué por su salvación eterna, que solo podían alcanzar purificándose por medio de las grandes hogueras.

Mag. Fray Ramiro, esas ideas no son vuestras, son ingertadas. Seréis carne dispuesta a servir de instrumento de conveniencias terrenales cubiertas por un pabellón de ideales celestes. Tenéis derecho por vuestra juventud y vuestro talento a la vida y al amor, que nunca podréis encontrar en la soledad de vuestra celda ni en la negrura de sentimien-

tos de vuestros compañeros de monasterio.

Ram. ¡Dios mío, perdona sus extravíos!

Mag. Sois sincero y creéis dirigiros por el camino de la salvación. ¡Cuán engañado vivís! Y a pesar de nuestras diferencias somos plantas iguales. Somos pasionarias, que cual peregrinos, deseamos llegar a donde creemos que está la tierra de promisión, pero vamos por distintos senderos. El de vuestras órdenes es de fuego y fatalidad, el mío de flores y nieve, de amor y abnegación. Mi misticismo a la luz del sol, es grande e ideal: el de los vuestros, entre rejas, sólo es un refinamiento de la hipocresía, pues con tal de dominar se jugarían a sus ídolos cual los judíos se jugaron la túnica de Jesús.

Ram. Tu imaginación vuela en alas de la fantasía y no sabes lo que quieres. No lo sabes.

Mag. Quiero una sola ley, ¡humanidad!, y venceremos. Somos la semilla que fructificará dentro de dos siglos. Entonces no habrá fronteras, ni guerras, porque todos serán hermanos, y no existirán vuestras órdenes, pues nadie tendrá el derecho de condenarse a la esclavitud, y el que no lanzará sus energías en bien de la libertad, será despreciado como un aborto de la madre naturaleza. Esta visión de esperanza, es de esperanza a hacer florecer a esta pobre humanidad que siempre ha sido escarnecida y atropellada.

Ram. A todos los que compartan y practiquen tus ideas se les combatirá rudamente.

Mag. Eso sí. Seremos tal vez perseguidos, podrán tratar de aniquilarnos, pero así lo hicieron con los cristianos y sólo lograron avivar su fe, que aún llamea.

Ram. Debiera horrorizarme al oirte y huir de ti, renunciando a lograr tu salvación, pero Dios me manda ser fuerte y debo intentar tu conversión hasta el fin. Sólo te pido que durante nueve días oigas mis platicas y hagas ejercicios espirituales. Si terminado el plazo vacilas, renunciaré para siempre.

Mag. Acepto, porque temer un peligro sería una cobardía que no tengo.

Ram. Así quiero verte. Ahora voy a restablecer mi espíritu de lo que ha sufrido en estos

momentos, pidiéndole a Dios misericordia para mis muchas culpas y las tuyas. El Señor sea con nosotros. (*Pasa lentamente por detrás de la mesa y se detiene en el umbral de la puerta de la izquierda, mirándola a ella, que estará de espaldas a él. Ella mientras, dice:*)

Mag. ¿Podré volver a la vida y al amor a este hombre? ¿Lograré separarle de la senda que tan equivocadamente se ha trazado y arrancarle de las tinieblas?

Ram. (*Aparte.*) ¡Yo te salvaré! ¡Profesarás! (*Sale por la puerta de la izquierda.*)

Mag. Tengo miedo de sucumbir por él y por mí. ¡Pero no! ¡Romperé tus cadenas y venceré. (*Sale por la puerta de la dereoha. Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Claustro de un convento de una orden de hermanas clausuradas en Barcelona. Aspecto lúgubre y sombrío. A la derecha, una cruz grande de piedra encima de una base de escalones. De espalda a la misma, un sillón de brazos, de frente al público. A la derecha, otro sillón lateral. La luna da de lleno sobre la cruz y los personajes, que se sentarán en los sillones. En los términos primero y segundo de la derecha, grandes árboles y un pozo. A la izquierda, desde el primer término hasta el foro, los arcos del claustro, los cuales continúan formando ángulo por todo el foro hasta perderse por el foro derecha. Un arco grande practicable en el centro de los arcos del foro y otro igual en el centro de los arcos de la izquierda. Detrás de los arcos, una pared, a la distancia precisa para formar los corredores. La pared del foro no tiene ninguna abertura, y la de la izquierda, una puerta grande en el centro. Por encima de los tejados del claustro se ven las torres y cuerpos del edificio.

ESCENA PRIMERA

Las HERMANAS PRIORA, ENCARNACION y SAGRARIO, otras Hermanas y EL DEMANDADERO. La hermana Priora, en el sillón de frente, y la hermana Sagrario en el lateral. Las demás, de pie. La hermana Encarnación a la izquierda de la Priora

Enc. Todo está dispuesto hermana Priora. El altar de la Virgen parece un ascua de oro.

Priora Entonces señor Antonio, podéis encender los cirios.

(Se va el Demandadero por la segunda derecha.)

Enc. La capilla ha quedado convertida en un delicioso jardín. El aire que allí se respira es de una fragancia exquisita.

Priora ¡Qué menos podríamos hacer para ser gratas al Señor! Día memorable será hoy para la Iglesia y para nosotras al ofrecerle una oveja descarriada de su rebaño.

Sag. Grande ha sido la lucha entre el bien y el mal, entre el cielo y el infierno, pero al fin ha triunfado la fe.

Priora Así tenía que suceder habiendo querido la Virgen Santísima servirse como medio del buen fray Ramiro, de ese creyente, que con su inspiración y su virtud ha conseguido lo que nadie hubiera logrado: convencer y triunfar de la Redentora.

Enc. Dios le tendrá en cuenta esta obra tan meritoria.

Sag. Grandes dificultades ofrecía tal empresa. Hoy cumple el año que Magdalena entró en esta santa casa.

Enc. Mucho tiempo tuvo que batallar fray Ramiro para convencerla de que huyera del mundo perverso y de que viniera al noviciado. ¿Pero qué gracia le negaría San Francisco a fray Ramiro siendo uno de sus hijos predilectos y más esclarecidos?

Priora Recuerdo el día en que entró Magdalena como si fuera hoy. Parecía sostener una lucha cual si el espíritu maligno se hubiera apoderado de ella. Pero fray Ramiro, con sus pláticas religiosas y ejercicios espirituales, fué calmándola poco a poco, y hoy por fin ha llegado el día de su profesión. Hermanas, la vida es un puente muy estrecho que conduce á la eternidad. El que lo siga recto llegará al final, donde encontrará el sendero de la salvación. El que se tuerza en el camino caerá en el más horrible de los abismos. Para no caer sólo hay seguro apoyarse en los muros de un claustro.

Sag. Toda la fuerza de voluntad de fray Ramiro ha sido precisa para hacérselo ver así y salvar su alma, que ya había entrado en el camino de perdición.

ESCENA II

DICHAS, HERMANA TORNERA y FRAY RAMIRO, por la izquierda

Tor. Hermana Priora, fray Ramiro. (Vase por la izquierda.)

Priora Fray Ramiro, bien venido a esta santa casa.

Ram. Hermana Priora, hermanas, el Señor sea con nosotros.

Priora Gran día para vos, fray Ramiro. Toda la victoria es vuestra. Nadie hubiera conseguido un triunfo tan grande y tan hermoso. Mucho os debe la religión.

Ram. Hermana, nada se me debe agradecer. He seguido únicamente las inspiraciones de nuestra Virgen venerada. Ella se dignó favorecerme para llevar a cabo obra tan piadosa. Muchas veces llegó a vacilar mi fe, pero una fuerza misteriosa me impulsaba a seguir adelante, siempre adelante, pues veía tarde o temprano el triunfo de la verdad.

Priora Hoy se verán cumplidas vuestras esperanzas y colmados nuestros deseos. El acto será el más conmovedor de mi vida. Con gran impaciencia he esperado el momento en que la luz divina se posará en la frente de nuestra querida Magdalena.

ESCENA III

DICHOS y DEMANDADERO, por la segunda derecha

Dem. Hermana Priora, las luces están encendidas. (Se va por la izquierda.)

Ram. Con la venia de la hermana Priora, voy a implorar de la Virgen que ilumine mi espíritu y me conceda la gracia de llegar al alma de Magdalena en la plática que debo pronunciar en el acto de la profesión.

Priora Id fray Ramiro, en la seguridad de que la Virgen ha de atender vuestro ruego.

Ram. Su resplandor nos acompañe. (Se va por la segunda derecha.)

Priora ¡Qué ejemplo para las demás novicias! Nadie mejor que fray Ramiro.

Sag. Es un santo. Cuando predica parece como si la Virgen quisiera sonreir para mostrar el agrado con que oye sus sermones.

Enc. Es una voz tan dulce la suya, que parece un reflejo de la palabra de Jesús. Es el recuerdo del eco que vuelve.

Priora El le premiará con la gloria eterna su comportamiento en la tierra.

ESCENA IV

DICHAS, la HERMANA SOLEDAD y MAGDALENA, de novicia, con hábito blanco, por el foro derecha y vienen a escena por el interior del claustro y por el arco del centro

Sol. Hermana Priora, el cielo nos acompañe.

Mag. Y la Virgen nos ampare.

Priora Acércate hija mía. Ha llegado la hora de tu felicidad. Dios te ha inspirado la profesión. Aquí encontrarás la santa paz que no hubieras hallado en el mundo. Aquí te guardará el sagrado manto de la Virgen y estarás libre de tentaciones mundanales, de perversiones terrenas y cerca de la dicha celestial.

Mag. Así lo espero, hermana Priora.

Priora Pocos momentos te faltan para ser la esposa del Señor, y cumpliendo con mi conciencia y con nuestra orden, debo decirte una vez más que aún estás a tiempo de retroceder. Cualquier escrúpulo que tengas en tu alma, cualquier duda que torture tu corazón, bastaría para que no le fuese grata tu profesión al Señor. El quiere siervas por voluntad propia y nunca arrastradas por presiones morales ni materiales. Piensa en que vas a pronunciar votos para toda tu vida, y que dentro de poco sería tarde si acaso te arrepintieras. Has pasado un año de prueba. Durante ese tiempo has conocido nuestras costumbres, sabes lo que es el claustro y no puedes engañarte. Consulta bien a tu conciencia y dime... ¿Quieres ser la esposa del Señor?

Mag. Hermana Priora, sólo deseo antes de mi profesión, volver a confesarme con fray Ramiro.

Priora Tu petición es justa, ya que él ha sido tu pastor de almas. Ahora está orando. En cuanto salga de la capilla le diremos que le aguardas. Te dejamos. Mientras, reflexiona todo cuanto tengas que decirle, y te repito por última vez que pienses bien en lo que vas a hacer, y que dentro de muy poco será tarde para volver al mundo. El Señor quiera iluminarte con todo el amor que yo te deseo. (Se van por la segunda derecha.)

Mag. Así sea.

ESCENA V

MAGDALENA y HERMANA SOLEDAD

Sol. Ya se fueron.

Mag. Hermana Soledad. ¡Qué horrible angustia siente mi corazón! ¿Has oído a la Hermana Priora? (Se sienta en el sillón que está de frente.)

Sol. (De pie toda la escena.) Sí; y ahora necesitas de tu serenidad y de tu sangre fría. «Te repito por última vez que pienses bien en lo que vas a hacer, y que dentro de muy poco será tarde para volver al mundo.» Estas palabras te indican claramente que ha llegado el último instante que te queda para romper tus cadenas.

Mag. ¡Mi querida Soledad! Tú has sido durante mi cautiverio, mi amiga, mi hermana, la única à quien he podido confiar mis tormentos y mi agonía.

Sol. ¡Qué menos hubiera hecho una hermana tuya que intentar convencerte de que huyas de la muerte! Las demás son hipócritas y no te hablan con el corazón, que si lo hicieran, te contarían horrores de la vida del claustro. ¡Cuánto tendrás que arrepentirte, pero ya será tarde! Mírate en mi pasado. Recuerda que yo entré aquí por falsedades amorosas, cuando mi amante se casó y me encontré sola en el mundo. Profesé creyendo en la paz del claustro y que viviría feliz de su recuerdo. Durante mi noviciado todo fueron halagos y complacencias conmigo. ¡Cómo me engañaron! Una vez profesa ejercieron conmigo una presión brutal, que me ha con-

vertido en una esclava. Aquí todo son negras sombras. Tenemos anulada la voluntad, y no hay más ley que la fantasía de la Hermana Priora y de las que saben adularla. Aun estás a tiempo. Huye, corre al mundo, y cuando seas feliz, acuérdate de tu compañera de cautiverio y ven a libertarme. Quiero huir a América, lejos, muy lejos, donde no puedan volverme a este antro, y no sueño más que en la fuga con la esperanza de que antes de mi hora postrera pueda gozar de unos días de libertad. Libertad que al salir de este sepulcro encontraría alegre como un rayo de sol al chocar con un espejo y hermosa cual la de los pájaros que revolotean en la reja de mi triste celda.

Mag. Soledad, para mí ya es tarde. Mi voluntad no me pertenece, soy un autómata. Estoy sugestionada por fray Ramiro. Me domina y no tengo fuerzas para defenderme. Cuando le vi aparecer en el Calvario, me causó una impresión tan grande que sentí que mi corazón huía hacia el suyo. Luego se entabló una lucha infernal entre los dos. Primero me pareció amarle, después vi el deseo de perderme y le hubiera querido odiar, pero poco a poco se fué apoderando de mi espíritu, y al morir mi pobre abuelo logró traerme aquí. He querido rebelarme, pero ha sido en vano. En cuanto le tenga delante, como siempre, será inútil toda resistencia. ¡Cómo quieres que luche la débil caña con la fuerza del vendaval! ¡Estoy perdida Soledad!

Sol. Sacude el yugo, que estás arriesgando la vida. En vez de amarle, despréciale, puesto que es el verdugo que quiere llevarte a la horca. Con tal de apresar una conciencia no reparan en los medios.

Mag. ¡Cuán felices hubiéramos sido en el mundo libres y dispuestos para practicar el bien! Yo llegué a creer que a fuerza de vernos comprendería mi amor y que acabaría por corresponder a mi pasión y por romper sus votos. El deseo me engañaba.

Sol. ¿No has adivinado en él?...

Mag. Le he visto luchar, pero ha sido siempre impenetrable para mí. Ahora quiero librar

batalla por última vez; veré de llegarle al corazón y que se descorra el misterio de la fatalidad que nos une.

Sol. Ya está aquí. Animo, y piensa que por allí (La izquierda.) está la vida, y por aquel lado (La derecha.) la eterna sombra, la esclavitud y la muerte.

Mag. Gracias, Soledad.

Sol. Valor, Redentora.

(Magdalena acompaña hasta el foro a Soledad, que se va por el arco del centro y por el interior del claustro y por el foro derecha.)

ESCENA VI

MAGDALENA y FRAY RAMIRO por la segunda derecha

Ram. Magdalena, el momento de comenzar tu felicidad está ya próximo. La Hermana Priora me ha dicho que quieres confesarte antes de ir al altar. Dispuesto estoy a escucharte. (Se sienta en el sillón lateral y Magdalena en el de frente.)

Mag. Fray Ramiro, estamos en el instante supremo de llegar a lo más hondo de vuestra conciencia. Hasta ahora no he podido comprenderos. Quitaos el antifaz y mostraos tal y como sois. Tened en cuenta que me habéis condenado a profesar, que es lo mismo que ir a la muerte, y que no se debe mentir a un moribundo. ¿Me juráis decir verdad?

Ram. Te lo juro.

Mag. Decidme. ¿Qué es lo que sois?

Ram. Soy un creyente.

Mag. En estos momentos no puedo dudar de estas palabras, pero vuestras creencias no pueden privaros de tener corazón.

Ram. Si no lo tuviera habría renunciado desde un principio a tu salvación.

Mag. Pues en nombre de ese corazón, decidme: ¿habéis sido para mí un Jesús, que ha querido atraer a sus dominios a la que creísteis pecadora, o habéis sido un enamorado que ha querido salvarme, conduciéndome por un sendero equivocado?

Ram ¡Magdalena!

Mag. Me habéis jurado no mentir.

Ram. Pues bien, Magdalena, te lo confieso: ha sido el amor el que me ha inducido a salvarte. Yo nunca sentí la llama de esa pasión, pero al verte, te juntaste a mi ser cual la yedra al olmo, y desde entonces, ¡cuántas dudas, cuántos tormentos y qué incertidumbres tan horribles! Pero una estrella de reivindicación ha guiado mis pasos, y cual tú, en dulces éxtasis, he visto aparecérseme a nuestra madre la Santísima Virgen, y con voz llena de unción me ha dicho: «Tú adoras a la Redentora. Amala, pero sé su puerto de salvación. Tus hábitos sagrados te impiden hacerla feliz en la tierra, pues te condenarías y la perderías también a ella. Si la abandonas, va derecha al abismo. Sólo puedes salvarla atrayéndola a ti y llevándola al claustro. La vida es sólo la antesala de la muerte y dura lo que un rayo comparada con lo infinito. El claustro sea vuestro calvario y al llegar a la cima me encontrarás para conduciros junto al divino Padre, donde gozaréis de vuestro amor por toda una eternidad».

Mag. ¡Ah me amas cual yo a ti, con esa pasión intensa que cuando no puede satisfacerse corroe las entrañas y desgarra todas nuestras fibras!

Ram. Sí Magdalena, con ese amor vehemente que esclaviza nuestra alma y avasalla todo nuestro ser. Cuenta si habrán sido crueles mis sufrimientos y si es inmenso mi amor hacia ti.

Mag. Siendo verdad ese amor, si es tan grande como el mío, tenemos abierto el puerto de salvación. Huyamos, huyamos antes de que me condenen a una bárbara esclavitud. Ya es bastante un año de cruel cautiverio. No consientas que sin ser pecadora, me aten a la cadena de los forzados. América nos espera. Allí nadie nos separará, gozaremos de nuestra dicha en vida, y culpables sólo de amor Dios nos perdonará, pues no es delito lo que El predicó en sus doctrinas santas. Debemos abrasarnos en el fuego de la primavera de nuestra vida, que harto pronto llegará la nieve del invierno que lo apaga, y en materia de amor, cuando

no es posible pasar por entre las mallas de la ley, hay que apelar. a la violencia y salir rompiendo la red.

Ram. No Magdalena, te engañas. Acuérdate de las palabras de la Virgen. Siendo libres, aun heréticos o falsarios, alcanzaríamos ese perdón, pero mis votos son sagrados y nuestra condenación sería eterna.

Mag. ¡Ah tú no me amas cual yo a ti! Cuando piensas tanto en tu salvación, es porque eres un egoísta, y el egoísmo nunca ha sido pareja del amor.

Ram. No Magdalena. Esas palabras destrozan horriblemente mi corazón No es egoísmo. Tú sabes que soy creyente. Pues por ese Dios, en quien adoro y a quien venero, te juro que si dando mi vida pudiera alcanzarte la gloria, no vacilaría un instante Por salvarte a ti iría hasta el martirio, y no sólo ofrecería mi vida, daría también mi eterna salvación.

Mag. ¡Entonces es verdad tu amor, lo has jurado! Pues por ese amor debemos huir. Iremos de esas negruras a la luz del sol, de este ambiente que conduce a la tisis, al sanatorio de la vida. Tú eres el hombre que el cielo me destina para que se cumplan sus designios, pues Dios que ha dado a la mujer el instinto de la maternidad, no quiere monjas, ¡hembras estériles!, Dios quiere madres, ¡madres santas y amorosas!

Ram. No Magdalena. Ya no es tiempo. Ese camino nos conduciría a un doble crimen. Mañana partiré para las misiones del centro de Africa. Allá la muerte es segura. Ofreceré mi vida a Dios como rescate de tu salvación. Dios me concederá esa gracia y querrá apiadarse también de mí, y cuando llegue tu hora postrera te conducirá junto a El, donde podremos gozar de nuestro amor puro y santo, libres ya del peligro de condenación.

Mag. (Muy sentido.) ¡Ah eso no, Ramiro, no quiero que mueras, abandóname, me doy por vencida! No pudiendo lograr nuestro amor en esta vida, iré dichosa a la muerte. Vete solo, vive, y cuando sepas mi fin, acuérdate piadoso de mi amor leal y sincero cual otro no ha existido.

Ram. (Muy sentido.) No, ese recuerdo me llevaría a una muerte desesperada. Morir antes que tú será mi egoísmo. ¡El primero que he conocido!

Mag. ¡Ramiro, único amor de mi vida, te perdono!

Ram. ¡Magdalena, cuánto te amo! ¡Ah Señor, cuán grande es el sacrificio!

(En toda la pasada escena ni siquiera se dan las manos.)

ESCENA VII

DICHOS, HERMANA SOLEDAD y luego HERMANAS PRIORA, ENCARNACION y SAGRARIO y COMUNIDAD, todos por la segunda derecha

Sol. Hermana, la Comunidad.

Ram. Ahora valor, Magdalena. Dios te aguarda.

Priora Magdalena, el altar espera. ¿Cuál es vuestra resolución definitiva?

Mag. (Después de mirar a Fray Ramiro, y atendiendo a una indicación de éste, dice después de una pausa:) Quiero consagrarme a Dios para siempre.

Priora ¡Ah, El os lo premiará, hermana! ¡El cielo ha triunfado! Desde este instante ha muerto la Redentora. ¿Cómo queréis llamaros en la nueva vida que va a empezar para vos?

Mag. Resurrección.

Priora Pues hermana Resurrección, fray Ramiro, la Virgen nos aguarda.

Mag. Vamos.

Ram. (A Magdalena,) ¡Salvo tu alma!

Mag. ¡Sí, pero entierras mi cuerpo! (Después de mirar a Fray Ramiro y atendiendo a una indicación de éste, se dirige a la segunda derecha. Esta situación debe ser pausada y queda encomendada al talento de la actriz. Cuando llega a la derecha se oyen dentro rumores, que en seguida se convierten en grandes voces, que continúan hasta que entra el pueblo.)

Priora ¡Dios mío! ¿Qué pasa?

Sag. ¿Qué alboroto será ese?

Enc. ¡Qué griterío tan horrible!

Ram. Salgamos a ver lo que ocurre.

Priora No, esperad: ahí llega el demandadero.

ESCENA VIII

DICHOS y DEMANDADERO por la izquierda

Dem. ¡Hermana Priora! ¡Hermana Priora! ¡Dios nos asista!

Priora ¿Qué ocurre?

Ram. ¿Qué sucede?

Dem. Ha estallado la Revolución y quieren quemar el convento.

Priora ¡Jesús nos valga!
Enc. ¡Dios mío! } (A la vez.)
Sag. ¡Virgen Santísima!

Priora ¿Qué hacemos, Fray Ramiro?

Ram. Franqueadles las puertas.

Priora Pero...

Ram. Dándoles entrada, tal vez salvaréis vuestras vidas.

Dem. ¡Dar paso a ese plebe, con las intenciones que traen!...

Ram. Obedeced, pronto.

(Se va el Demandero por la izquierda.)

Priora Hermanas, nosotras a orar; a pedirle a Dios que proteja esta venerable casa y que ampare nuestras vidas.

Sag. ¡Dios misericordioso, socórrenos!

Enc. ¡Sálvanos, Virgen santísima!

(Se van todas por la segunda derecha.)

Mag. ¿Ves cómo el cielo no quiere mi muerte? Aún es tiempo, ven, huyamos.

Ram. No. Aquí les espero.

Mag. Piensa que expones tu vida.

Ram. No importa, huir es de cobardes, aquí les aguardo. ¡He naufragado con tu salvación cuando estaba ya en la orilla; qué quieres que me importe ahora de mi vida!.

ESCENA IX

DICHOS, DEMANDADERO y HERMANA TORNERA. Luego REVOLUCIONARIOS 1.°, 2.°, 3.°, 4.°, 5.° y 6.°; hombres y mujeres del pueblo y ZOILA, todos por la izquierda

Dem. ¡Ya vienen, ya vienen!

Tor. ¡Los de fuera están incendiando el convento!

(Se van por la segunda derecha. Salen los Revolu-

cionarios, hombres y mujeres del pueblo, con hachones de viento.)

Rev. 1.º ¡Por aquí, compañeros! (Se va con el 4.º y un grupo por la primera derecha.)

Rev. 2.º ¡Nosotros por este lado! (Se va con el 5.º y un grupo por el interior del claustro y foro derecha.)

Rev. 3.º Nosotros a la capilla. (Se va con el 6.º y otro grupo por la segunda derecha.)

(Sale Zoila.)

Zoila ¡Magdalena!

Mag. ¡Zoila, mi Zoila, hermana mía!

(Ramiro al ver entrar a Zoila se oculta por la primera derecha.)

Zoila ¡Ah Magdalena, al fin te tengo en mis brazos! Al volver a esta tierra, fuí al Calvario; me dijeron que murió el abuelo, que un fraile llevó a la Redentora a un convento y que pronto profesaría. No podía creerlo, pero tuve que convencerme. Sólo con sortilegios y malas artes pudo dominarte. Alas tenía mi corazón para llegar junto a ti. Intenté verte. Fué en vano. Esta cárcel no se abre para nadie; únicamente es dada la entrada a los que tienen que morir en ella. Sólo la revolución podía favorecerme para entrar aquí, y ya que tu sayal de novicia me dice que aún es tiempo, ¡resucita, Redentora!

Mag ¡Ah Zoila mía, viéndote a ti renace mi alma! ¡Tú me despiertas de una horrible pesadilla. Ya vuelvo a ser libre. Me voy contigo, ¡quiero seguirte!

Zoila Sí, conmigo, a respirar el aire puro de nuestras montañas, a cantar por el mundo, a vivir como los pájaros, a gozar de la luz del sol, lejos de tinieblas y de rezos que encogen el espíritu y que aniquilan el cuerpo. ¡Ah, Redentora, tú salvaste mi vida y yo te arranco de las garras de la muerte!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, REVOLUCIONARIOS y el pueblo, que entran por donde se fueron. Luego la Comunidad y después FRAY RAMIRO

Rev. 4.º Todos aquí. Venid al claustro.

Rev. 5.º Ya vienen las monjas.

(Sale toda la Comunidad por la segunda derecha.)

Mag. Zoila, por Dios, haz que las respeten.

Zoila Confía en mí. Hermanas, nada temáis, no somos asesinos. Sólo queremos derrumbar estas cárceles de la religión que se llaman conventos o monasterios y acabar con los opresores de conciencias. Queremos también vuestras vidas; pero sólo para arrancarlas de la esclavitud y ofrecerlas a la libertad.

Mag. Sí, Hermanas, seguidnos.

Ram. (Apareciendo por la primera derecha.) Nunca, Hermanas: antes la muerte.

Zoila ¿Quién es ese hombre? ¿Acaso el que quiso esclavizarte?

Mag. Sí, este hombre es quien me obligaba a profesar, amparándose en el amor que llegó a inspirarme.

Priora ¡Dios santo!

Sag. ¡Jesús nos valga!

Zoila Entonces él quiso ser tu verdugo. ¡Que muera!

Pueblo (Lanzándose hacia Fray Ramiro.) ¡Sí, que muera!

Mag. (Interponiéndose.) No, dejadle, no es un malvado; sólo es un fanático; lo hacía creyendo salvarme. Me ama también. (Todos retroceden.) Ramiro: ahora que ves claramente nuestro destino, ven con nosotros.

Ram. ¡Desdichada, te engañas; vas a la eterna perdición!

Mag. ¡Infeliz, ven a la tierra!

(Se oye el ruido de una explosión y se derrumban la parte de arcos y pared del foro, apareciendo la capilla en ruinas, quedando sólo completo en pie el altar con la imagen de la Virgen iluminada por un rayo de luna. Ramiro se arrodilla al verla. Se ve el resplandor del incendio. La composición de esta decoración a la inspiración del pintor.)

Priora (Místicamente y junto a la Cruz.) ¡Los creyentes aquí conmigo!

(La rodean las monjas viejas.)

Mag. ¡Los que quieran ser libres a mi lado!

(Se le acercan Soledad, las monjas jóvenes y las turbas.)

Priora (Místicamente.) ¡Nosotras a morir por Dios, por la fe y por la Cruz!

Mag. ¡Ramiro, por nuestro amor, ven a la luz que estalla para nosotros!

Ram. (Levantándose.) ¡Sí, Redentora! Las naves del pasado se hunden; pero queda la Virgen

que es el alma! ¡Sin muros se sostiene! ¡Sin muros se sostendrá nuestra fe!

Mag. ¡Ramiro! (Se abrazan.)

Priora ¡Venció el infierno con malas artes!

Zoila ¡No, fué el amor quien triunfó del fanatismo!

Priora (Junto a la Cruz.) ¡Nosotras aquí, a morir por la religión!

Mag. ¡Pues nosotros a la vida, y a perderla también, sacrificándola en aras de la caridad!

Ram. ¡Del amor!

Zoila ¡De la libertad!

Mag. ¡Viva la libertad!

Priora / **Monjas** «Dios te salve, María...» (Hasta el final.)

Pueblo ¡Viva!

Rev. 6.º ¡Viva la libertad!

Pueblo ¡Viva!

(Al decir Zoila «De la libertad», la Priora y las Monja-viejas se arrodillan en derredor de la Cruz y rezan una «Ave María» hasta el final del acto. Fray Ramiro y Magdalena se van abrazados por las ruinas y por una brecha del foro derecha, seguidos de Zoila, de Soledad y de las Hermanas jóvenes. Simultáneamente los Revolucionarios y el pueblo se marchan también con ellos dando los gritos de ¡Viva la libertad!)

(Telón.)

FIN DEL DRAMA

NOTA

El autor recomienda a los intérpretes la mayor naturalidad posible y por lo tanto que prescindan en absoluto de gritos, «latiguillos» y del sistema declamatorio.



LA REDEMPTORA

VERSIÓN CATALANA DE

Santiago Rusiñol

De venta en las principales librerías.